

Jorge Guzmán: "Job - Boj"

Por IGNACIO VALENTE

Siempre es grato, por excepcional, saludar el nacimiento de un verdadero novelista entre nosotros. Y más si se trata de un nacimiento brusco e inesperado. Jorge Guzmán, del que hasta ahora se conocía apenas un solitario cuento, "El Capanga", salta al primer plano de la narrativa chilena con una novela primeriza de extraño nombre —"Job-Boj", editada por Seix Barral—, que más bien evoca el oficio y la madurez de un narrador consumado. Llegar de buenas a primeras a esta perfección, que lo sitúa de inmediato en la cercanía de los mejores —Edwards, Droguett, Donoso— es una hazaña literaria que muy de tarde en tarde nos toca celebrar.

A la altura de los mejores. Esto significa que en más de algún sentido les va a la zaga: no podía ser de otro modo. Pero es digno de notar, y admirable, que vaya por delante de casi todos ellos en un aspecto específico: como narrador.

La construcción de esta novela es todavía vacilante. Su estructura de conjunto es un tanto pareja y lineal, compuesta por una suma de situaciones en fila. Hace pensar en el cuentista —en el buen cuentista— que ha hilado con habilidad episodios consecutivos, desplegando la materia rica pero homogénea de diversos relatos continuados. El progreso de la anécdota, con ser muy vivo en el detalle, es un poco plano en el diseño global, careciendo de los altibajos dramáticos que se esperarían. La configuración de algunos capítulos —su autosuficiencia, su clausura interna, su inserción verosímil pero delgada en el conjunto— evoca otra vez al cuentista.

No hablo de un montaje artificial de unidades heterogéneas, sino más bien de lo contrario, de una serie tan natural y fluida de situaciones continuadas, que por eso mismo la novela como concepción es un poco uniforme, débil de organicidad interna, en su escaso contraste dinámico entre partes y partes.

El contraste existe, pero está todo él volcado en un recurso un tanto obvio, el de escribir dos novelas en una, alternando los capítulos de una y otra en sistemático contrapunto. Se trata de dos series narrativas del todo ajenas e independientes, que no guardan entre sí ninguna relación interna de tiempo, espacio, acción, personajes comunes, etc., sino que sólo se comunican en la chilenedad de ambos protagonistas (que viven en distintos lugares del extranjero) y en algún otro vago denominador común, insinuado tal vez en el ambiguo título.

El recurso está bien empleado y, cosa curiosa, en vez de dificultar inútilmente la lectura o tentarnos a leer separadamente las dos series —como podría hacerse de la manera más natural—, convierte la alternancia en una fuente de variedad que favorece a ambas secuencias y ameniza su lectura.

Sin embargo, por bien usado que esté el procedimiento, hay en su obviedad una suerte de limitación interna. Aunque se lo aplique con ingenio, queda el hecho de que las novelas son dos, y nunca van a satisfacer lo bastante la exigencia de unidad interior de la obra. Y más dudosa se torna esta industria si pensamos que el contrapunto dinámico entre ambas series tal vez viene a sustituir desde fuera la variedad interna que cada una de las novelas debería tener por sí misma.

En estos aspectos no está Guzmán a la altura de su propio talento, cosa por demás lógica en una obra primera. No estamos ante una novela dotada de unidad, organicidad y estructura novelística, sino ante dos series de relatos ligados por la forma

externa de una novela. Este juicio, por lo demás, debe entenderse como formulado desde cánones tan rigurosos como los que la propia novela exige a partir de sus restantes méritos.

Y vayamos con ellos, que son relevantes. Guzmán es un narrador extraordinariamente fluido, variado, ameno, sabroso, directo. Posee un sentido y un tratamiento de la anécdota que hace mucho tiempo no veíamos en nuestra narrativa. Aunque usa con moderación ciertas innovaciones formales de lenguaje, no se deja encandilar por modas ni espejismos experimentales, y concentra su fuerza en el perenne valor del buen contar, en el lenguaje del diálogo y del acontecer dinámico, interesante —hecho interesante en la palabra que lo crea, ya que el autor tiene la virtud de transformar un material anecdótico corriente y diario en odisea narrativa del mayor alcance; cualquier suceso trivial, en sus manos, adquiere lenguaje y suspenso, valor e interés.

Jorge Guzmán es, pues, un narrador muy puro, un contador de historias nato y ya muy hecho. Su material casi único es la acción, la acción y el diálogo, expresados con una rapidez directa y eficaz. Todo lo demás —las atmósferas, las psicologías, los ambientes— viene dado narrativamente, en y por la historia del acontecer. Guzmán es un maestro de las situaciones, situaciones las más triviales o fantasiosas, tanto da —de todo hay, y también de ambas cosas a la vez—; el hecho es que saca de ellas un partido extremo. El ingenio de la observación, el delgado humor, la ironía, el sabor de la experiencia directa, la amplitud de los registros mentales del narrador, son elementos enriquecedores de esta prosa brillante que nunca desfallece, aunque sí se enrede a veces en defectos superficiales de redacción, muy fácilmente superables.

No estoy de acuerdo con el título de la novela, o mejor dicho, con su pretensión implícita. Se invoca la historia bíblica de Job como una clave interpretativa, como un signo iluminador. Yo creo que no hay tal. Job, es decir, la purificación por el dolor, el sentido religioso del sufrimiento, no está aquí más que en cualquier otra historia humana. El fondo de la narración es más bien, por el contrario, un erotismo espeso y superficial sin grandes cargas de profundidad. Salvo que el juego del nombre —Job-Boj— designe el contraste entre la ansiedad neurótica y el hedonismo satisfecho de uno y otro protagonista de ambas historias, o designe en general una presencia inversa, una ausencia. Pero estas sutilezas me parecen superfluas. La novela, particularmente rica en su despliegue anecdótico, carece de ese trasfondo mítico o poético, religioso o metafísico, que diera ulteriores resonancias al acontecer inmediato. Y el intento de sugerir tal trasfondo con recursos verbales o exteriores —como es el caso del título— me resulta inauténtico, un expediente para lectores crédulos o un consuelo para intenciones a medias del propio autor.

No está allí la fuerza de este relato, sino más bien en su carácter directo, en su ausencia de aditamentos exteriores a lo puramente narrativo. Tal vez el progreso de su arte lleve a Guzmán a esos ahondamientos de valor y significación, y también a una mayor coherencia y variedad en la organización novelística. Pero ya es bastante, por ahora, este don sorpresivo que nos hace de una narración fluida como pocas en la historia reciente del relato nacional.

El Mercurio
Santiago, 13.X.1968.

CSHY6.